

ANDRÉS TRAPIELLO

SÓLO HECHOS

SALÓN DE PASOS PERDIDOS
UNA NOVELA EN MARCHA

PRE-TEXTOS **CONTEMPORÁNEA**

«Por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela.»

Fortunata y Jacinta, 1, 3, III

EDITORIAL PRE-TEXTOS

SÓLO HECHOS

(2006)

EDITORIAL PRE-TEXTOS



«Hechos, sólo hechos.»

(CHARLES DICKENS, *Tiempos difíciles*, 1854)

«Los métodos empleados en la búsqueda de la verdad histórica no son los métodos del fiscal, y los hombres que velan por los hechos no son los agentes de grupos de intereses –*por muy legítimas que sean sus pretensiones*–, sino los periodistas, los historiadores y, finalmente, los poetas.»

(HANNAH ARENDT, *El formidable doctor Robinson*, 1966)

«Hice de la fuerza de ánimo mi castillo y mi coraza;
no quiero disfrazarme de víctima de la injusticia.
Más que todos los hombres vale para mí
ese poquito que me permite no necesitar a nadie.
Estando firmes mi religión y mi honor,
en nada tengo lo que se va de mi lado.
El ayer se fue, el mañana no sé si lo alcanzaré:
¿por qué razón voy a apenarme?»

(IBN HAZM, *El collar de la paloma*, siglo XI)

SE despertó antes de que hubiera amanecido y me preguntó, ¿duermes? No llegué a responderle. «He tenido una pesadilla; me descubrían un bulto en el vientre y yo estaba de hospitales, arriba y abajo. Entonces me he despertado y he tenido que recordarme, “donde me han descubierto el tumor es en el pulmón, y es benigno”, y esto me ha tranquilizado».

Se abrazó a mí. Me preguntó, ¿cuánto crees que quedará para que se haga de día? No sé, respondí; ¿estás más tranquila? Me dijo, «sí», pero ya se había dormido; el sí me lo dio en sueños.

Me levanté para hacer el desayuno, y ella quedó en su reino. En la cocina estaban P. y J.L., nuestros amigos médicos. Desayunaban susurrantes junto a la chimenea, como las brasas entre cenizas. No se habían atrevido a avivar el fuego, por si el parloteo de las llamas despertaba a los que seguían durmiendo. Son así de zen. Las des-pabilé lo más armónicamente que pude, hablando a las llamas como hacía san Froilán al lobo, con dulzura y firmeza, pues no querían tampoco despezarse.

Había amanecido. El cielo hialino como un diamante de veinticuatro caras, engastado en platino, quiero decir escarcha. Sólo con posarse sobre las cosas las cortaba en dos, pero sin dañarlas, tal y como sale en las películas en las que un espadachín, con un golpe certero de espada, corta a cercén la bujía de un candelabro, sin que se note que la ha cortado. Luego empuja ese trozo de vela con la punta de la espada, y cae. Pues eso es lo que sucedía hoy con este paisaje, que si yo dispusiera de un florete adecuado, habría separado el mundo cortado en dos por la espada luminosa de la aurora, fino acero.

Por cada uno de los cortes salía una gota de rocío, millones de gotas de rocío brillando al sol, como diamantes líquidos. Se desangraba el mundo de su luz. Pero al rato el sol mismo ponía su laña de oro, y allí no había pasado nada.

Nuestros amigos tenían que volverse hoy mismo a Valencia, y por eso habían querido empezar el año temprano.

Nos dimos todos después un larguísimo paseo Como son médicos, ella hematóloga, de la facción optimista, comprobaron el estado de la hemorragia y dijeron: el mundo sanará. Dimos el paseo largo, rodeando la sierra, dos horas y media caminando. No fue una buena idea que nos acompañaran las perras, porque en Los Carpios, una extensión notable de encinas, avistaron un rebaño a lo lejos, saltaron las cercas y se lanzaron contra las ovejas con el brío de don Quijote.

Salí corriendo detrás gritando, como Sancho Panza: miren vuestras mercedes que son mastinas nobles que han de guardar el rebaño, no lobos; no se metan donde nadie las llama, y vuelvan aquí... Mano de santo. Hablarles en cervantí las hizo detenerse en seco, y también que vieron al pastor, que agarró piedras como puños y se las soltó con furia y malísima intención, gritando como un desafortado, mientras sus perros salían a defender lo suyo. Se dieron la vuelta las dos, saltaron de nuevo la cerca y siguieron a nuestro lado, acaso un poco más melancolizadas. Yo las tranquilicé y les dije que había sido todo una fantasía, y que la próxima vez anduvieran más realistas.

Y así pudimos proseguir la conversación que llevábamos.

Trabaja ahora P. como médica en un centro de detención de inmigrantes ilegales, algunos de ellos mercenarios, violentos y mentirosos, de lo que no podría hablarse públicamente sin correr el riesgo de ser acusado de xenófobo. Decía, comprendo que quieren engañar a un policía, ¿pero a un médico que sólo quiere ayudarlos, librándolos a menudo de la policía...? Habló también de todos aquellos vivales, no necesariamente en la miseria, sino tu-

ristas de países europeos ricos, con buenas pensiones, que vienen a España a someterse a operaciones costosísimas, que les pagará la Seguridad Social, es decir los cotizantes. Y, claro, los que se traen de los aduares del Magreb o de los chamizos rumanos a toda la parentela para que se opere aquí, quién de una cadera, quién por un trasplante, quién con lo que sea.

El relato de algunas de esas historias, tristísimas casi siempre, como lo son las de aquellos que han tenido que abandonar su patria, no lograba empañar la deslumbrante mañana. Todo lo deprimente que suele ser en una ciudad la mañana de Año Nuevo, con las calles vacías como si hubiera acaecido en ellas una batalla devastadora, en el campo es precioso, porque aquí no se distingue que sea o no Año Nuevo. M. incluso pudo cortar algunas rosas y hacer un centro de mesa con dos o tres ramas de madroño cargadas de frutos tardíos, por no contar que ya se han abierto las primeras violetas, que lo llenan todo de ese perfume capaz por sí solo de poner de acuerdo a la Asamblea de la Onu.

Llegamos hambrientos del paseo. Nos esperaba un cocido hecho durante los dos últimos días al fuego en una gran olla de Pereruela, que dejó en tristes, en mi modesta opinión, las de las bodas de Camacho. Comimos del mejor humor, claro, pero sabiendo que apenas terminaran vendrían las despedidas y el advertir que todo el tiempo de la amistad es corto.

Cuando se quedó la casa en silencio y nosotros cuatro solos, nos pusimos a nuestras cosas, M. leyendo, R. y yo trabajando en la maqueta de *El arca de las palabras*, y G. yendo y viniendo ocupado no sé muy bien en qué.

Al principio le extraña a uno la soledad, y te faltan los amigos. Luego el silencio va cuadrando la casa como el cubo de Rubik, y lo miras un poco perplejo, porque las cosas extraordinarias acaban haciéndose un poco por casualidad. Y dices: así será siempre; y al rato adviertes que las sombras llegan y, a diferencia de la luz, nunca hacen daño.

PROPÓSITOS para el año entrante. Te paras a meditar en aquellas cosas que te gustaría hacer el año que empieza. Admites que algunas te gustaría que se realizaran solas, por arte de magia.

Como has hecho tantas listas en tu vida que se han quedado en papel mojado, esta la meditas bien.

Querría uno escribir otros poemas, novelas, diarios, de modo que antes no habrá más remedio que cambiar de vida. Pero... ¿a estas alturas? No está el alcañal para zampoñas, o dicho de otro modo: a la vejez, *vihuelas*.

Convendría no ser tan ambicioso Empecemos por poco: jugar a la lotería. Es la única manera de que pueda tocar un día y llevar otra vida, y así, escribir otros diarios, poemas, novelas, etcétera. Nunca ha entendido uno la frase «Si me tocaran doscientos mil euros a la lotería...». ¿Por qué doscientos mil y no veinte millones? ¿Por qué ponerle coto a la fantasía? En los propósitos conviene, sin embargo, medir muy bien nuestras posibilidades, pues al contrario de lo que sucede con los ensueños (tan frustrante puede ser que no nos toquen doscientos mil euros como veinte millones), los propósitos incumplidos pueden hacer de nosotros unos pobres hombres.

1. Vive de tal modo que tu muerte sea una injusticia.
2. No quejarse, ni siquiera cuando se va pasando la anestesia.
3. No dejar pasar ninguna luna llena sin saludarla.
4. Mirar a los ojos si quieres que te vean (luna incluida).
5. Escribir al menos un libro inconsútil, de modo que no pueda dividirse y tengan que echarlo a suertes, en la hora de las alabanzas. Y otro de hoja perenne y a muy bajas temperaturas, como los abetos que prefieren los lutieres.
6. Los mejores libros, no obstante, son de hoja caduca. Con cada lector tienen su primavera. Y ningún instrumento iguala a la voz humana.
7. En no siendo br ahmán ni entomólogo, despreocuparse, al caminar, de las hormigas.

8. Procurar estar cerca de un niño. Son los únicos que enseñan algo. (Más que aquel «dejad que los niños se acerquen a mí», el que tiene que acercarse es uno a ellos; los niños tienen cosas más importantes que hacer que acercarse a los adultos).

9. Al contemplar las estrellas en agosto, contarlas todas.

10. Jamás hagas recuento de tus amigos. Raramente salen las cuentas. Dependiendo de tu estado de ánimo, salen de menos o de más, y eso desasosiega o abruma.

11. Dar más limosna de la que te puedes permitir; sólo así deja de ser limosna.

12. Recuerda, si estás junto a un muerto: puede leer tu pensamiento. No le estropees su último minuto.

13. Haz cada día tus ejercicios de soledad si quieres estar en forma.

14. Busca la puerta principal de las gentes si piensas quedar te (la de atrás déjala a los ladrones), y las ventanas sólo si estás enamorado.

15. Cultiva el musgo en ti, por dentro. Sabrás así dónde está el sur, y no te perderás nunca.

16. Enamorarse no depende de ti, pero seguir enamorado cada día de la misma persona, sí.

17. Cultiva el humor como los duelos de honor: déjalo a la primera sangre.

18. Resucita los pétalos que te encuentres en los libros de viejo.

19. Si te tropiezas a un escñtor por la calle, cruza de acera, lo saludas, y luego vuelve a cruzarla para seguir por tu camino. Si eres ermitaño, haz de vez en cuando una visita a otro ermitaño.

20. Canta un poco todos los días, como los pájaros. Para todos, para ninguno.

21. Ni un día sin asombro.

22. Dales de comer a las palomas, a las gallinas, a un gato, a un perro, a un niño, a un pobre, a una planta. Alguien contigo hace lo mismo.

23. La historia es el verdadero opio de los pueblos. Al final no hay historia que no se adultere en mito.

24. Ten el corazón de un vagabundo. No te afanes: oficio de escritor es oficio de trapero.

25. No proponerse nada que sea fácilmente alcanzable, al igual que jamás sentirse superior a un tonto, porque ambas son cosas que degradan. Sólo vale la pena intentar aquello que no está claro que vayamos a conseguir, y relacionarse con quienes son más grandes que nosotros. Compararte con quien mide dos metros tal vez no te hace más alto, pero desde luego te hace mucho más pequeño medirte con un enano.

26. Lanza tu moneda al aire: cara, experiencia; cruz, instinto. Hay razones del instinto que la experiencia no comprende (y al revés).

27. *Ser otro* tiene muy buena prensa en la modernidad, pero no es suficiente. Lo difícil es crecer sin dejar de ser el mismo.

28. Recuerda: la envidia se presenta siempre con otro nombre, es muy astuta.

29. La distancia adecuada es aquella en la que desaparece el yo, porque ya no lo ves. Ni por exceso ni por defecto: ni te alabes ni te denigres. Eso que lo haga la cuadrilla.

30. Aprende a recibir los aplausos al final de la obra con humildad: nunca sabrás si son merecidos.

31. Olvídate de todo cada cierto tiempo.

32. Los mejores libros están hechos de detalles exactos e ideas generales. Si eres poeta, te sobra casi todo, y a lo que queda no sabrás darle un nombre por mucho que lo busques.

Llegado a este punto, no pude continuar. Me dije, con nostalgia de un imposible: ¡ay, si pudiera olvidarme de que soy escritor, si alguien me dijera: eres poeta...! Eso sería tan bueno como poder olvidarse de la salud cuando renquea.

Decía Unamuno (de quien es eso de «vivir de modo que la muerte sea una injusticia») que quería él que su posteridad no

fuera en absoluto diferente de la vida que llevaba, con sus mismas costumbres, amigos, cafés, abrazos, dichas y desdichas. O sea, que lo que en realidad quería no es ser inmortal, sino seguir siendo mortal en la otra vida, finito en la infinitud, como quería en la finitud de la vida ser eterno. Si uno, me digo, pudiera quedar en este mundo como el sonido de una campana, oída a lo lejos, o el olor del heno en primavera, recién nacido o recién segado, o el sabor de las primeras frutas del verano, o la emoción de las primeras nieves, qué felicidad...

Y en estos asuntos he pasado la tarde, como quien labra un campo, sin saber si el trigo que he sembrado nacerá o no.

TODO yo es improbable. Hechos son amores.

ASÍ como no hay sinsabor insípido, pues todos son amargos, no hay desengaño feliz, como debiera ser, y cuánto más hospitalario es el engaño.

LAS vanguardias artísticas se justificarían sólo por haber nos ayudado a descubrir el humor oculto que hay en algunas cosas. Por ejemplo, ningún nombre más apropiado ni ultraísta que Mottilla del Palancar.

TELEFONEÓ desde Murcia nuestro amigo P. ¿Habíamos visto la *luce cinerea*? Jamás habíamos oído hablar de ese raro fenómeno que describió Galileo. Corrimos a la terraza. ¡Qué prodigio! El borde de la Luna iluminaba todo el resto, que aparecía ensombrecido. Parecía que alguien no hubiera cerrado del todo la puerta, y por una ranura entraba un haz luminoso que alcanzaba a iluminar el cuarto a oscuras, una parte de él al menos. Lo oscuro se adivinaba. Ese era el resto de la Luna, un cuarto a oscuras. No, no, está mal explicado. Era como si tuviéramos una luna del tamaño de una bola de petanca en un cuarto oscuro, sólo para nos-

otros. Una luna apagada, exangüe, como la bola de una vidente que se iluminara un poco, poco, al acercar sus manos. Al mirarla se despertaba en uno algo que parecía remontarse al origen de los tiempos, algo que hacía de nosotros hombres de las cavernas. La bóveda celeste, una caverna.

ESTAS son las cosas que se lleva uno de Las Viñas: el musgo que le ha salido a las llagas de las lajas de pizarra, que parecían una vidriera emplomada; el olor de las primeras violetas, tan intenso, y aquí lo pongo en las páginas de esta libreta; la hoguera donde se quemaron –mal, porque arden mal– las ramas de un alcornoque, una vez a plena luz del día, con llamas amarillas del color del sol, y otra anocheciendo, con llamas azuladas, alcohólicas, del color del véspero; dos cigüeñas volando desde el sur, hacia dónde, un mes antes de lo habitual, les costaba remar en el aire; las otras hogueras por la noche, levantando al cielo una columna salomónica de centellas; tres rosas que logró rescatar M. de los rosales helados; las conversaciones de los amigos...

Y acaso lo más inespado: tres cuartillas escritas y numeradas a mano: «Fondales. 17 de agosto 1982». Cuando se fueron nuestros amigos, y para atenuar un poco la pena de su partida y poner la cabeza en otra cosa, estuvo uno mirando carpetas antiguas, con inéditos y manuscritos, traídas desde Madrid hace siete u ocho años. Poemas antiguos, borradores, retratos de escritores, prosas que imitaban las de JRJ. Ningún interés, excepto esas tres cuartillas, escritas con bolígrafo negro. En aquel tiempo todo lo escribía en negro. No tenía uno la menor idea de que estu vieran allí, ni siquiera que las hubiera escrito, aunque al leerlas trajeron el aroma de aquel verano: M., R., muy pequeño, y yo en aquella casa que nos prestaba la hermana de M. en un pueblecito metido en lo más hondo y perdido de las Alpujarras. No creo que llegaran a los doscientos habitantes en verano, una cuarta parte el resto del año. En él pasaban también los veranos GB., L., que había sido su